

EL ASESINO DEL ZANUSSI



Elías Vega Cao “txekorra”

Una historia publicada por entregas en

<http://txekorra.blogspot.com>,

los jueves,

desde el 7 de agosto de 2008 hasta el 2 de julio de 2009.

Si quieres ponerte en contacto con el autor escribe a:

regaderadesalvamento@gmail.com



[Esta obra está protegida por una licencia Creative Commons. **Reconocimiento - NoComercial - CompartirIgual (by-nc-sa)**: No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.]

FIAMBRE EN LA NEVERA

A. FIAMBRE EN LA NEVERA (I)



Lo más fácil hubiese sido cerrar la puerta del frigorífico y abandonar la casa. Quizá dejar a la familia, la mujer, los hijos, el perrito. Largarse de aquel sitio y no volver jamás. Ni siquiera volver a pensar en ello. O si no, intentar vender la casa con el tipo aquel que estaba muerto dentro del frigorífico.

Tampoco resultó tan difícil abrir y cerrar la puerta varias veces, con la débil esperanza de que el cadáver desapareciese de repente. Pero no fue así. Por la tarde seguía allí. Intenté coger un yogur tímidamente, como si pudiera molestarle. Pero no hizo nada. Me miraba fijamente como lo hacían los conejos muertos en casa de mi madre. Y casi se podría decir que me sonrió.

María llegó tarde a casa. Como siempre. Y cansada, muy cansada.

Preparé la cena y salimos a la terraza. ¡Qué fácil vivir con los gemelos abandonados en las colonias de verano! Quince días sin ellos eran un desierto, o una tormenta en el desierto o un oasis. No sabría decirlo. Dependía del momento. Se estaba tan bien en la terraza sin acordarme ni un poco del tipo del frigorífico.

Llené la copa de María por cuarta vez, ya sus ojos brillaban por el vino y por la emoción. Sonreía por primera vez aquel verano. Deseaba arrancarle aquella pequeña camiseta y devorarla. ¡Qué fácil saborear aquel cuerpo y dejar pudriéndose al postre, al otro postre en el frigorífico!

B. CARTA DESDE LAS COLONIAS (II)



A la mañana siguiente, recibí otra sorpresa. Llegó la carta de los gemelos desde las colonias. Esperé a María para abrirla.

“Hola:

Ya sabéis que aquí está prohibido llamar por teléfono. Hoy nos han mandado que escribamos cartas. Y ésta es la carta.

Por la mañana nos levantamos y desayunamos todos juntos. Dormimos en literas, igual que en casa: Joaquín en la de arriba y Justo en la de abajo. Solemos ir de excursión o a bañarnos o hacemos algunos juegos. No es tan divertido como decíais. Y siempre nos hablan en inglés. Yo no sé qué más poner y Joaquín no quiere escribir.

Ahora nos vamos a pescar a un pantano. Nos han dicho que debajo del agua hay un pueblo abandonado.

Volvemos pronto.”

Separarme de mis hijos durante quince días por primera vez me produce turbación y desasosiego. A ratos, claro. Recibir su primera carta, y posiblemente la última en estos tiempos, me dejó confundido. También decepcionado. Siempre esperas más de tus hijos. Por lo menos que te digan lo mucho que te echan de menos.

María no dijo nada sobre la carta ni sobre el frigorífico.

Quizás sea una mujer impasible.

Me imagino que cada persona necesita su tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

C. EL LIMBO NO ES PARA ESTOICOS (III)



En contra de lo que está bien visto, en esta vida no hay que rodearse de una coraza de ideas, prejuicios y valores. Las armaduras han quedado anticuadas. Lo fundamental es tener bien engrasado todo el cuerpo para que las ocupaciones, los deberes, lo que tenemos que hacer nos resbale. Y esta teoría del aceite es útil para cualquier momento.

Aquí tengo que hablar sobre el limbo. Como espacio cercano al infierno, el limbo no existe. Es un estado físico, un baile para mover las caderas. Aunque parezca lo contrario, no tiene nada que ver con la resignación. Los antiguos estoicos nunca supieron bailar en el limbo. Es más fácil entenderlo con el juego del limbo. Pasar por debajo de las cosas sin que te toquen, pero sin ni siquiera pasar por debajo.

Es un estado pasajero.

Cuando intento explicárselo a la gente, no me entienden. María tampoco. Pero es que ella es autónoma. Cuando pasa algo a su alrededor, siente la necesidad de ocuparse de ese algo. Y yo no. Por eso cuando abro la nevera, el fiambre sigue allí. Pudriéndose muy lenta y plácidamente.

Por eso sé que María nunca abre el frigorífico. Porque si hubiese descubierto el cadáver, ya estaríamos dentro de un mecanismo imparable, interpretando una ópera de sierras, trituradoras, litros de sangre y vísceras y bolsas de basura. Ahora sé con certeza que si no come conmigo, María se alimenta sólo con las manzanas que hay en el frutero de la encimera.

D. ÚLTIMOS DÍAS EN LA PISCINA (IV)



En el último día sin los gemelos me atrapó el escalofrío. Un escalofrío intenso que me retorció y me dejó con la piel de gallina durante unos minutos. Algo que intento hacer cuando entro en un baño público es centrarme en mis asuntos. Atender lo que me ha llevado hasta allí. Pero en la piscina resulta bastante difícil. Cuando te estás bañando y sientes un apretón, una punzada en el intestino y sales rápidamente y entras con las chanquetas en

aquel ambiente húmedo, tu cuerpo mojado y el retrete también y no quieres ni mirar el suelo.

Allí es donde me alcanzó el escalofrío que me había perseguido durante varios días. De repente, con el bañador por las rodillas me sentí muy vulnerable y recordé otras situaciones en las que me había sentido así. Imaginé gente que está expuesta a cualquier calamidad. Pensé en María y en que las manzanas

se estaban acabando. Tenía que comprar más. Y después pensé en el regreso de los gemelos, mañana a las cinco y media, y me dominó la pereza de estar entre el corro de madres en la parada del autobús. Los gemelos cansados y sucios, contando sus pequeñas tonterías. Enseñando sus heridas y los dibujos. Los gemelos hambrientos por la casa, abriendo el frigorífico y encontrando el cadáver.

Mientras me lavaba las manos, me di cuenta de que mis vecinos de retrete eran muy ruidosos. Me daba igual. Yo ya había terminado lo que había ido a hacer allí. Además, tenía mucho que hacer aquella misma noche.

E. CEBO (V)



Empezó por la frutería. Mientras escogía la fruta llegaron a su cabeza un par de frases tontas: “El comienzo tiene que ser algo sencillo” y también “la respuesta está en la pregunta”. Así que esto es lo que hizo.

Compró dos kilos de manzanas y aparcó el coche en el garaje. Metió en el coche el material para pescar y la base de cemento que sujetaba la sombrilla. Cogió la funda de la tabla de surf. Subió a casa. Dejó una nota a María. Y rellenó el frutero con las manzanas.

Preparó una mochila con un bocadillo de queso y un par de latas de cerveza. Sacó el cadáver del frigorífico y lo metió en la funda de la tabla de surf. Bajó al garaje en el ascensor.

Metió la funda y la mochila en el coche. Y condujo hasta el camping. Una hora y media conduciendo sin ninguna parada. Era de noche y apenas había tráfico. El camping estaba casi desierto. Sólo algunas caravanas iluminadas. Aparcó el coche al lado del embarcadero.

Descargó el material de pesca, la funda con el cadáver y el pie de la sombrilla en su barquita. El pantano era muy grande, pero casi siempre pescaba y nadaba cerca del pueblo abandonado. Le gustaba bucear entre las

casas en ruinas. Pero esta vez no. Fue hacia el medio. Sólo se oía el motor fueraborda y de vez en cuando algún coche reflejaba sus luces contra el agua.

Paró el motor. Metió el pie de cemento en la funda del cadáver. Y con un vigoroso movimiento, lo tiró al agua. Se hundió en pocos segundos. Se sintió mal y bien. Y como no sabía qué hacer, buscó la mochila pero la había olvidado en el coche. Sintió un escalofrío y se imaginó el cadáver anclado en el fondo del pantano.

Se le habían quitado las ganas de pescar. Así que encendió el motor y regresó al embarcadero. En la caravana se puso cómodo. Devoró el bocadillo y bebió las dos latas.

Estaba muy cansado. Encendió la televisión y, después de un par de bostezos, se quedó dormido.

F. LA MITAD DE MI VIDA (y VI)

Por fin estaba sentado en el sofá con un libro en la mano. No pensaba leerlo.

Normalmente lo utilizo como un escudo. Es para que nadie me moleste mientras pienso.

Había sido un día duro. En la caravana había descansado mal, dormido



sólo a medias. La pereza había estado presente desde el amanecer y seguía allí después de cenar. Un montón de cosas que no quería hacer. No voy a extenderme, porque somos nosotros los culpables de convertir lo que sólo es una aburrida rutina en algo insoportable de tanto contarle.

La pereza es peor que el miedo, es algo que puedes vencer,

algo que hay que vencer como sea, aunque te lleve a convertirte en lo que más odias. Y yo lo había hecho. Ordenar la caravana. El desayuno en un bar de carretera. Trabajar toda la mañana. Comer. Recoger a los niños entre el corro de madres. Recoger al perrito del hotel canino. Las compras en el supermercado con María.

Después de cenar los gemelos nos lo contaron todo. Joaquín le había cogido manía al tomate y Justo a la lechuga. Para algunas actividades les habían separado. Cada uno en un grupo. Les hacían cantar en público. Y ya no quise averiguar a cuántas humillaciones más les habían sometido.

Nosotros les dijimos que les habíamos echado de menos y algunas frases predecibles más. María no tenía ganas de contar nada. Estaba cansada. Creo que se le ha empezado a caer el pelo. Y yo no podía contar nada que fuera verdad, porque desde que apareció el fiambre en la nevera, la mitad de mi vida es un secreto. La mitad mejor de mi vida.

Ahora había decidido esperar, no podía hacer otra cosa.

ALGO QUE HACER

G. ALGO QUE HACER (I)



A veces es necesario tener algo que hacer. Ocupar la mente y el cuerpo con cualquier actividad. Aunque sea absurda. Por eso, seguía trabajando.

Me habían enviado a un congreso en el Sur. Todos los gastos pagados. Cuatro días y cuatro noches. Un hotel de cuatro estrellas. Para coger el vuelo de las cinco tenía que estar en el aeropuerto a las

cuatro. Odio el número cuatro. Pero el viaje resultó muy agradable.

Hacía mucho calor. Al entrar en la habitación del hotel se encendió automáticamente la tele. La apagué. Desde que fui de pesca al pantano, procuro no ver la tele. Tampoco escucho la radio. Sólo leo algunas secciones de los periódicos. En los periódicos puedes evitar algunas noticias, puedes elegir cuándo y cómo te enteras de las cosas. Y puedes volver a leer algo si no has entendido bien o si te ha gustado. Los otros medios podrían invadirme, atacarme con palabras que, por el momento, prefiero no escuchar. El teléfono tampoco me gusta ya.

En estos días había estado muy atento y seguía esperando. Vivía como en las letras de los boleros.

En la primera conferencia del congreso me aburrí tanto que salí minutos antes del final. Decidí no volver. Olvidarme del congreso y de las ponencias. Apagué el móvil. Y empecé a pasear buscando un sitio donde estar y algo que hacer.

H. CEJAS Y MADRES (II)

Desde que se acabaron mis vacaciones, he dejado crecer libremente los pelos de mis cejas. Es que en las cejas tengo algunos pelos que crecen sin parar. Siempre tengo que estar recortándolos. Y ahora los dejaba crecer. Los había dejado crecer unas semanas. Ya los tenía tan largos que por las noches soñaba con tigres y espejos.

Los hombres tenemos relaciones problemáticas principalmente con nuestras madres y con nuestros pelos. Aunque son cosas bien distintas, siempre es el mismo problema. Cortar o no cortar. Y casi siempre la duda está en cómo cortar.

Estaba meditando sobre esto, apoyado en la barra de un bar, cuando entró un hombre con la ropa manchada de pintura. Con apenas un gesto y la mirada, el camarero entendió qué quería. Estos sitios, esta gente son mis preferidos. Los sitios en los que la gente no tiene la necesidad de hablar continuamente para entenderse.



Se sentó en la banqueta que estaba a mi lado. Sonreía. Afuera, el sol calentaba las calles. De repente, señalando con la mirada la bolsa que

nos habían regalado en el centro de congresos me dijo: “¿Te has escapado del congreso? Esta mañana estaba lleno de congresistas el barrio.” Le dije que sí. “¿Era aburrido?” “Sí. Muy aburrido.” Comentamos lo absurdo que resulta hacer algo aburrido. Y lo peor de todo es que todos acabábamos haciendo algo aburridísimo. Estábamos de acuerdo. De repente, me dijo: “Me llamo Santiago y no soy un guarro, es que estoy pintando”.

I.EL PING PONG NO ES PARA ESTOICOS (III)



Sin darme cuenta, después del tercer bloody mary estaba subido en la pick up de Santiago en dirección a mi hotel. Me mudaba. Santiago me había hablado del lugar donde vivía. Un cortijo en las afueras.

Llegamos y lo primero que hice fue darme un chapuzón en la piscina. Bebimos sentados en las hamacas. Santiago me dijo que tenía que irse y dormí la siesta sin haber comido. Me desperté tarde y con el dibujo de la hamaca impreso en mi cara. Afortunadamente estaba a la sombra. Un repiqueteo me hizo levantarme. Era Santiago que jugaba al ping pong con un japonés, Kengo. En la cena me contaron que Kengo vivía allí con su hermana, Yukio. En verano la alquilaban a turistas y veraneantes, pero el resto del año se creaba un ambiente especial

y los inquilinos pasaban largas temporadas. Eso dijeron. Aunque para mí aquello no era nada más que una casa en el campo con una piscina. Ni más ni menos.

El ping pong no es para estoicos.

Pensé en el desayuno buffet gratis que había rechazado tan alegremente. Esa noche me acosté en la cama arrepentido de todo, de haberme cambiado de hotel, de haber aceptado venir al congreso, de haber desconectado el móvil, de haberme deshecho del cadáver de aquella manera. ¿Cuánto tiempo puede pasar sin que aparezca alguien que ha desaparecido? ¿Sin que se rompa una funda de surf? ¿Sin que haya una sequía gigantesca y todos los cadáveres que habrá sumergidos en ese pantano aparezcan? Quise llamar por teléfono a María y a los niños, pero era muy tarde y todo estaba muy oscuro y estaba tan borracho que no era capaz de encontrar el móvil. Y además no tenía nada nuevo que contarles.

J. BRASAS PARA LA BARBACOA (IV)



Me dolía la cabeza, pero me sentía descansado. Al incorporarme recordé el sueño: mi madre muerta bebía mis lágrimas.

Oía a quemado y hacía sol. Kengo estaba preparando brasas para la barbacoa. Santiago estaba pintando. Yukio daba clases de japonés. Nadé un rato y busqué unas tijeras. Entré en mi habitación y me corté los pelos de las cejas. Todos tenemos un talón de Aquiles y unas melenas de Sansón

Se acabaron los tigres, los espejos y las madres muertas.

Hablé con Kengo. Hacía dos años y medio que vivían en esa casa. Me imaginé que estaba en ese momento en que hace dos años y medio de todo, y no tienes claro qué es lo que va a pasar: convertirlo en hace tres años o empezar desde cero. Era esa manera de vivir lo que me gustaba y me confundía. Kengo no era un huésped, era el dueño.

Las brasas estaban en su punto. La pick up de Santiago se acercaba por el camino de tierra. Venía con Yukio.

Comimos y bebimos.

Me fui con Kengo a la cocina a fregar y a seguir charlando. Aunque casi no hablábamos. Eso es lo que más me gustaba.

Empezó a afilar su colección de cuchillos. Y silbaba. Silbaba como en las películas de los vaqueros. Por la ventana se veía la piscina. Santiago y Yukio nadaban, se abrazaban y se acariciaban como en un juego prohibido.

Me imaginé todo lo demás. Me puse en lo peor. El sexo. El tabú. El hermano celoso y protector. Los cuchillos afilados del hermano rabioso. Aquello era demasiado para mí. Quería descansar. No quería más cadáveres a mi lado.

Fui a mi habitación y encontré la llave del hotel cuatro estrellas. Cogí algo de dinero. En la cocina mentí: tenía que adelantar mi vuelta a casa. Me habían llamado. Era algo muy urgente.

Kengo asintió y me cobró. Ahora el agua de la piscina estaba quieta.

K. CENIZA (V)



La última mañana en el Sur la pasé en el congreso. Con su acreditación y su bolsita. Le dieron un resumen de todas las ponencias en una memoria usb e hizo los contactos previstos.

En la tienda de souvenirs compró unas castañuelas y unas postales.

De regreso a casa constató que el perrito, ese caniche feo y arrogante, le había quitado su sitio. Su sofá, su lado de la cama, etc. Se había meado en sus zapatillas de estar en casa.

Así que decidió ordenar el balcón. Compró armarios grises de resina. Desmontó las estanterías podridas de DM y empezó a montar los armarios. Algunas cajas no traían instrucciones. Recordó cuando había trabajado empaquetando mesas balconeras y el papel de las instrucciones era lo de menos. A veces metes dos y a veces no metes ninguno. No estaba en forma, así que se preparó un té.

Para la cajonera no había suficientes tornillos. No había nadie en casa. A esas horas había un tráfico muy denso. Se fue andando a la ferretería. En la mitad del camino, unos 25 minutos, empezó a preguntarse si había apagado la vitrocerámica donde se calentaba el agua para el té. No estaba seguro. Dudó, pero continuó adelante, a comprar los tornillos.

Empezó a visualizar el agua evaporándose, saliendo a borbotones del cazo. El cazo calentándose, echando humo. La cocina ardiendo. La casa en llamas.

Compró los tornillos y regresó al trote, a veces al galope. Un amigo quería hablar de la crisis en mitad de la acera. ¿Crisis? Todo le olía a quemado. Miraba al cielo intentando encontrar la columna de humo que saldría de su casa.

Los gemelos, María y el caniche estaban en un cumpleaños sin enterarse de nada. María fingiendo que comía y se divertía. El perro frotándose contra la pierna de María y los gemelos jugando.

Abrió la puerta. La casa estaba intacta. La vitrocerámica apagada. Y el té frío.

L. EL PREMOLAR DE LECHE (y VI)



La dentista tarareaba las canciones melódicas del hilo musical mientras me sacaba un premolar de leche. Por supuesto que hacían bromas con el Ratoncito Pérez y con mi edad y con el hueco que me iba a quedar entre los dientes.

Por fin, estaba relajado. Al terminar mi jornada laboral parecía la víctima del ataque de un oso. La ropa rasgada y sangre por todas partes. No me sentí mejor hasta que no terminé de meter el cuerpo del cadáver en una bolsa de basura y mi ropa en otra y las bolsas en el maletero del coche. Después, me lavé bien. Me puse algo elegante. Ya que iba a estar rodeado de mujeres jóvenes y atractivas dispuestas a arrancarme mi última muela de leche, prefería sentirme guapo.

Ensangrentado encima de la mesa de la dentista quedó el último residuo de mi infancia.

No soporto a la gente que es capaz de abrir una bolsa de polvorones, se come uno y cierra la bolsa. No entiendo que no sigan comiendo. No aguanto que se controlen con semejante tranquilidad.

Pero no lo había matado por eso.

Estábamos comiendo en un bar de un polígono industrial. Ya sabéis que en esos sitios te sientan a la mesa con cualquiera. Hablamos del frío y la lluvia y la humedad. Y luego, al rato, sin venir a cuento, él dijo: "Así es la vida, las parejas se rompen". Y yo le dije: "Y la gente se muere de repente".

Pero en realidad no lo he hecho por eso. Lo he matado por el mismo motivo por el que no puedo parar de comer polvorones.

SIN TACHONES

M. SIN TACHONES (I)



Me desperté con una duda rondando mi cabeza. ¿Los tachones dan veracidad a las cartas de amor? Había vuelto a fumar. Después de un año sin probar el tabaco, había fumado un paquete Winston en un par de horas. Había dormido mal. En sueños lamía el lomo de un sapo venenoso. Después participé en unas pruebas y un examen lisérgicos.

Hacía sol. Un espectacular domingo de otoño. Así que organicé una barbacoa. Comer al aire libre me sentaría bien.

María se empeñó en que me llevase al perrito. Y el puto caniche no paró de ladrar hasta que se montó en el coche y notó el olor a muerto. Se asustó, se encogió, intentó esconderse debajo de una manta. Estaba cargando con el muerto. Literalmente.

El caniche me seguía a una distancia prudente. Anduve unos 250 metros hasta un barranco en miniatura y arrojé el bulto. Volví a por el pico y la pala y una cuerda. Bajé como pude entre las rocas. Nunca sabes para qué van a servirte los cursillos de escalada y descenso de cañones de la adolescencia.

A nada que quieras hacer un par de cosas distintas en la vida, necesitas un montón de objetos, herramientas, amigos. Lo mejor es estarse quieto sentado en el sofá. Pero no hay quien aguante. Y además la espalda se resiente. Ya no hacen sofás como los de antes. Ni espaldas.

No te parece suficientemente profundo. Así que cavas más, cavas hasta no poder más. Enterré al tipo aquel. Intenté hacerlo con naturalidad y frescura. Descuidadamente. Con tachones. Todo lo que haces es una prueba. Tus ojos son los testigos que te acusan.

Hice un fuego y quemé la bolsa con mi ropa ensangrentada. El caniche se acercó al fuego y se sentó.

Mirábamos al fuego y en ese momento me di cuenta de lo harto que estoy de las barbacoas, de las piscinas y de los crímenes. Del poco placer que producen y del daño que pueden causar. Que lo que en realidad querría es

contárselo a alguien. Hablar con mi madre y que me diera un abrazo y me dijese que no iba a pasar nada. Que todo iba a salir bien. Pero mi madre está muerta.

María llegó con los gemelos y me dijo que anoche he lamido su espalda varias veces.

N. VIDA SOCIAL (II)

Pasamos un buen domingo. María invitó sin previo aviso a su amiga Isabel que se trajo a su marido y a su hijo. El hijo tiene una cabeza enorme, totalmente desproporcionada con el resto del cuerpo. Me preocupa la resistencia de su cuello.

En todo el día nadie se acercó al barranquito.

El lunes me levanté con resaca. Odiaba mi trabajo. Odiaba a mis compañeros. Odiaba las llamadas de teléfono.

Me llamó Isabel. Que todo había sido muy bonito, dijo, pero que estaba preocupada por María. Que desde que se había vuelto vegetariana estaba adelgazando muchísimo, que si yo no me había dado cuenta. Que estaba muy flaca.

Isabel es la típica persona a la que invitas a tu casa y si le dejas, te endereza los cuadros, te barre el balcón y te deja hechas unas lentejas para mañana.

Intenté tranquilizarla. Me habló del apego y el desapego, del fluir de la energía, etc. Los libros de autoayuda y los nuevos gurús de la literatura “espiritual” están dando puñaladas a la gente. Alguien debería cortarles las manos a unos o arrancar los ojos a los otros.

Después llamó el marido. Seguro que instigado por Isabel. El marido era un pusilánime, así que enseguida desistió. Isabel volvió a llamar. Quedé con ella para esa misma tarde. Para tomar una infusión y charlar, dijo.

Es lo que tiene la vida social. Cuando empiezas es difícil parar en seco. Una reunión implica continuidad. Para hacer lo mismo o para hacer otra cosa. La culpa era mía por montar una fiesta para deshacerme de un cadáver. Y es que es preferible no mezclar ciertas cosas.

Siempre he pensado que toda la vida intentamos elegir la manera en que vamos a morir. Algunos son más tenaces. O



simplemente tienen más suerte. No. No podía decirle eso. Le diría que estaría atento, que intentaría hablar con María del problema. Que no se preocupara. Que una persona que se alimenta con una manzana al día no se llama vegetariana. Que su hijo tiene una cabeza enorme. Que si no está preocupada por la resistencia de su pequeño cuello.

O. El rooibos no es para estoicos (III)



Ya han pasado unas semanas desde la última vez que me miré en un espejo. No me soporto. Sentado en el bar esperando a Isabel, me acordé de las brasas, los hermanos japoneses, Santiago el pintor. Le escribí una postal en la última página del periódico: “Me acogisteis muy bien allí, en vuestro cortijo. Lo que pasa es que no me siento bien. Hago cosas de las que me arrepiento. Mi mujer se alimenta de manzanas. Me deshago de cadáveres. Estuve a punto de contaros todo esto. Pero, de momento, prefiero prescindir de cómplices.”

Entró Isabel y pensé que un cómplice es una futura víctima. Y me sentí aliviado.

Intentaba vestirse con elegancia. Se gastaba mucho dinero. Se puso a hablar sin parar. María, los vegetarianos, el menú escolar, su hijo, el coche nuevo, su aburrido trabajo, así hasta que me habló de la crisis en su matrimonio.

Me imaginé que se acercaba a mí, desabotonaba su camisa y me ponía una teta

en la boca. La imaginé a cuatro patas chupándomela. Haciéndose una coleta para que le agarrase del pelo.

Pedimos otra ronda. Un vino tinto y un rooibos. “Como no tiene cafeína y adelgaza, me sienta de maravilla”, dijo. Y lo dijo con el mismo tono que lo de la crisis en su matrimonio. No entendía nada. ¿Qué necesidad tenía de contarme sus problemas? ¿No habíamos quedado para hablar de María?

Me arrepentí de estar allí. Me pareció que perdía el tiempo. Y que Isabel también lo perdía. Y cuando se está vivo, no hay tiempo suficiente para andarlo perdiendo.

Empecé a preparar mi huida. Poco a poco. Frases cortas y concisas, sin ambigüedades. Nos fuimos juntos. Dejé la última página del periódico con mi confesión a la vista de todo el mundo.

En la calle me separé rápidamente de Isabel. Me temía lo peor: sexo, otro asesinato o, algo más violento todavía, un abrazo.

P. Entreactos (IV)

Supongo que hay actos que definen nuestra personalidad. Momentos en que hacemos o elegimos algo que cambiará nuestra vida. Pero lo importante de las personas es lo que hacemos entre esos actos.

Por ejemplo, un asesino en serie. Lo fundamental de su vida no son los asesinatos. Es lo que hace entre un asesinato y otro. De todos modos, qué



horror ser un asesino en serie. Sólo pensar en series me produce ganas de vomitar. Nos repetimos, somos patéticos, eso es inevitable. Pero hacer algo en serie es aborrecible. Los asesinos de famosos matan para salir en la tele. Ahora también en Internet. Los que intentan asesinar a un personaje famoso y no lo logran son

arrepentidos de última hora. Son vagos, indisciplinados, seres deplorables. Los que pagan por un asesinato que no han cometido, se merecen lo peor, porque seguro que han cometido un asesinato por el que no han pagado. Los asesinos múltiples, como esos jóvenes americanos que van al instituto y se cargan a sus compañeros indiscriminadamente, tienen un problema con la ansiedad. No soportan la desesperación. No tienen válvula de escape. No hacen nada entre actos. Porque sólo tienen un acto fundamental y se suicidan o les matan o les encierran para toda la vida.

Matar es algo más que todo esto, es recordar el inocente gesto del niño que aplasta una a una todas las hormigas con su pequeño dedo. La mitad de la gente que está viva son cadáveres mal enterrados. Sólo hay que echar un par de paladas de tierra encima y ya está.

No se trata de hacer apología del asesinato, es un intento de constatar que todos somos culpables, de iluminar los pequeños empujoncitos que nos vamos dando los unos a los otros camino de nuestras tumbas. No es un alegato contra la eutanasia. Es un esfuerzo por sacudirse los eufemismos de la espalda. Es un torpe escrito para autojustificarme delante de mi hijo, una cobarde confesión de un padre asustado ante su hijo, que me mira sorprendido y pregunta:

- ¿Por qué a mamá no le gusta la comida de fuera de casa?
- ¿Por qué dices eso?

— Porque siempre que comemos fuera, mamá vomita toda la comida.

Q. Cena (V)

A veces le invitan a alguna celebración. En el sitio en el que vive, las buenas noticias se celebran comiendo. Era una cena de hombres solos. A veces le resulta sencillo y otras muy complicado.

Empezó bien, pero al rato se sintió muy triste. Quería llamar a María y que le sacara de allí inmediatamente, pero María tenía sus propios problemas. Así que resistió como pudo.

Empezaron a hablar de sus hijos y a beber mucho. Comenzaron las preguntas. Si vives en el mismo sitio de antes y si trabajas en el mismo sitio de antes y si estás casado con la misma chica de antes. Puedes seguir haciendo todo esto pero igual no eres el mismo. Hay un momento en que aunque



sigamos haciendo lo mismo de antes, ya no somos los mismos. Todo el mundo le daba pena. Estaba arrepentido. Se había deshecho de cadáveres, cadáveres de tipos que podrían estar allí sentados cenando con él. Si alguien no los hubiese matado. Algún día quizás alguien mataría a algún amigo suyo. No quería seguir con aquello. María se alimentaba de manzanas. Eso no era normal. No era bueno para María. Se estaba matando. Él tendría que deshacerse de su

cadáver. Si todo seguía como hasta ahora, si seguía en el mismo trabajo, y viviendo en la misma casa, si seguía deshaciéndose de cadáveres, quizás algún día tendría que deshacerse de alguien querido.

Los gemelos no lo soportarían. A Joaquín la vida se le estaba haciendo cuesta arriba. Se escondía detrás de Justo. Siempre quería ir con él. Justo quería ir solo. Y Joaquín no le dejaba. Entraba detrás de él en el colegio y en las tiendas.

Todos habían bebido. Y sudaban. Empezaban a oler. Hablaban y repetían frases enteras una y otra vez. Quería llorar. Abrazarlos. Pedir perdón a

todo el mundo. Quería que alguien le consolase. Llamó a María. Pero no cogió. Estaría en el baño, vomitando o bañándose.

Se fue a pasear solo. Se cruzó con una señora que tiraba la basura. Hace un mes la habría seguido hasta el portal. Quizás. Pero hoy no. Hoy no era el mismo. Había empezado a llover muy fuerte cuando empezó a andar camino de casa.

R. La cabeza del cisne (y VI)

Cuando ha terminado noviembre, me gusta pasear por los cementerios. Es buena época porque todo el esplendor, la limpieza y las flores del 1 de noviembre se han marchitado.

Después de deshacerme de un par de cadáveres, los cementerios empezaron a parecerme un lugar acogedor y racional. Un buen lugar donde llevar a los muertos. Aunque lo de quemarlos y esparcirlos por ahí, empieza a parecerme romántico y apetecible.

Para que la visita sea agradable tiene que ser antes de navidades. En navidades la gente se pone triste porque echa de menos a los que no están. Y después, desordenadamente y sin rituales, van al cementerio y ponen todo perdido de ramos y lágrimas.

Suelo pensar que las siguientes navidades son las últimas que paso con mi familia. Me imagino muerto o en la cárcel.



Me imagino muerto o en la cárcel.

Hacía mucho frío, pero el cementerio estaba tan vacío que prolongué mi paseo un rato más. Pensé que en un mundo sin gente no tendría que matar a nadie. O no tendría nadie a quien matar. Pensé que en el desierto yo sería como otro hombre más. Si encontrase una casa al final del camino, un camino que sólo condujera a esa casa. En aquella casa podría ser feliz.

Podría tener una familia feliz.

Estaría en el porche leyendo. Y si alguien se acercaba, entonces podría matarle, porque nadie le había invitado a entrar en mis tierras. Y tendría un montón de campo donde poder enterrarle tranquilamente.

En un mundo sin gente, todo sería peor. Tendría que matar a mi familia. Y eso sí que no. Eso lo último. Antes hago cualquier locura.

Me puse nervioso. No sabía qué hacer. Volví a casa y me metí en el cuarto de la plancha e intenté recordar cosas agradables. Me puse a llorar. Lloraba cuando entró Justo llorando y chillando que Joaquín había roto el cisne de porcelana. Joaquín lloraba también, pero se notaba que fingía. Tuve que salir. Pegué la cabeza del cisne. A mis hijos les pareció un acto heroico.

SORPRESAS DE LA VIDA

S. Sorpresas de la vida (I)

María me dijo que tenía una sorpresa para mí. Decirle eso a un ansioso es condenarlo a una tortura. Un delicioso suplicio.

¿Habría dejado las manzanas? ¿El verdadero padre de los gemelos era un novio de su juventud con el que seguía acostándose? ¿Los gemelos eran mellizos? ¿Me habían hecho un dibujo en el colegio? ¿Habían aprobado todo?

No. Me hizo bajar al garaje con los ojos cerrados. Y allí estaba. El congelador. Había comprado un congelador Zanussi. Un arcón gigantesco colocado en el garaje. Y en funcionamiento.

- Ésta era la sorpresa, tonto.
- Me gusta mucho.

Calculé que entrarían dos cuerpos. Tres, si los doblabas bien.

Estaba claro. María lo sabía todo. ¿Por qué compra un congelador tan grande alguien al que no le interesa lo más mínimo la sección de congelados de los supermercados? ¿Por qué es una sorpresa? Un electrodoméstico no se regala. Se compra y se utiliza.

Ella sabe lo mío con los cadáveres. Igual que yo sé lo suyo con las manzanas.



Decidí intentar darle una vuelta de tuerca. Para cenar, preparé manzanas caramelizadas. María me había demostrado que el refinamiento es una de las características de la tortura. Si yo hubiese sido ludópata, la sorpresa habría sido un viaje a Las Vegas. A Joaquín le gustaron, pero a Justo no. El puto caniche no quiso ni probarlas. María las engulló con asco y resignación. Y enseguida

se metió en el baño y encendió la radio.

Me puse nervioso y me encerré en el cuarto de la plancha. Intenté recordar qué había empezado antes: los fiambres o las manzanas.

¿Cuándo había empezado a deshacerme de cadáveres? No lo recuerdo. Pero la primera vez que tuve ganas de matar fue cuando atropellaron a mi madre. En lugar de matar al tipo que conducía, me meé en la cama. Tenía once años. Ahora tenía ganas de destrozarse el garaje, de romper el arcón a patadas, de matar a alguien.

Pero ésa no puede ser la razón. Porque no todos los familiares de personas atropelladas se deshacen de cadáveres. Y por primera vez en mi vida me planteé que quizás mi relación con los cadáveres tuviese algo que ver con la relación de María con las manzanas y con la relación que tenían los gemelos entre sí y con el resto del mundo.

T. Navidades en el pueblo (II)

Para pasar la nochebuena y el día de navidad nos fuimos al pueblo de los padres de María. Viven en un pequeño pueblo al lado del desierto de Los Monegros. Yo iba encantado.

Pero a medida que el trayecto avanzaba empecé a sentirme mal. Como era costumbre en los últimos tiempos. Empecé a sentirme perseguido. No sé cómo explicarlo. Si veía a un tipo subido a su quitanieves pensaba que era alguien del gobierno, los cobradores del peaje me parecían policías



camuflados, el camionero que tomó un café solo a nuestro lado en el bar de carretera me pareció el familiar de uno de mis cadáveres. Me sentía perseguido. Muy perseguido. Cuando un helicóptero sobrevoló la zona del pueblo de mis suegros me tranquilicé. No sé por qué, pero era tan exagerado que le daba una apariencia de normalidad a la escena dentro de mi cerebro. Igual estoy un poco confuso para explicarlo.

A Marta, la madre de María, le habían encantado las castañuelas que le traje de mi viaje por el Sur. Y había aprendido a tocarlas. No me arriesgo a decir si las tocaba bien o mal, pero era insoportable. A Mariano, el padre de María, yo nunca le había hecho gracia y teníamos la suerte de no dirigirnos demasiado la palabra. Lo justo para que no se notara, pero evitando encuentros a solas en esa enorme casa de campo.

Los gemelos lo pasaban bien. Y eso, como una muestra más de nuestra propia imbecilidad, nos hacía felices a todos los adultos. Aunque María estuviera muy pendiente de donde vomitar toda la comida que sus padres le hacían comer porque la veían cada vez más flaca. Aunque Mariano no me quitase el ojo de encima y en cuanto tenía la menor oportunidad saliera a cazar

para ocultar que no soportaba a su esposa ni a las visitas. Aunque Marta intentase ocultar su depresión incipiente por estar en ese pueblo remoto, por sentirse abandonada por todo el mundo, por continuar sufriendo ese matrimonio infeliz. Aunque yo estuviese mirando continuamente por la ventana esperando que en cualquier momento un grupo de policías entrasen por la buhardilla y me detuviesen allí mismo. Aunque todo eso estuviese sucediendo, los gemelos eran felices y los demás podíamos sentirnos orgullosos.

Así que se puede decir que pasamos unas felices navidades en el pueblo. A la vuelta paramos en Zaragoza. Y fuimos a la catedral. María se dejó llevar por su misticismo, por su adicción a la nada y dio una orden a los niños:

— Id a besar el manto de la virgen.

Y los niños lo hicieron sin protestar, como si lo hiciesen todos los días.

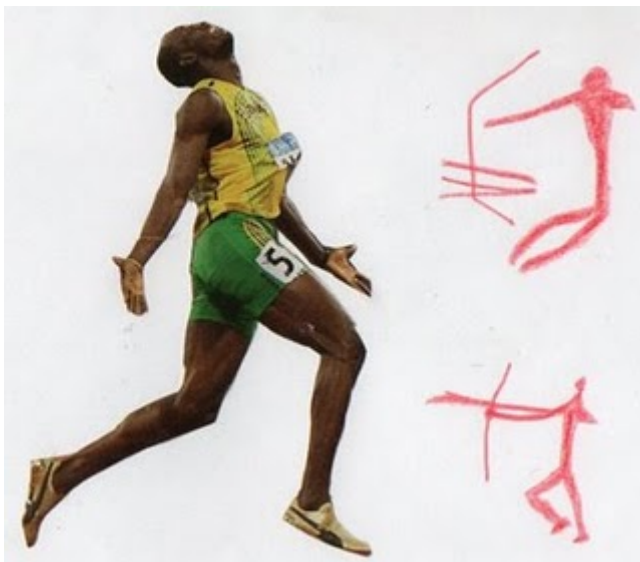
Todos quedamos muy impresionados por esta escueta visita y el resto del trayecto lo hicimos en silencio.

U. El asesinato no es para estoicos (III)

Eso mismo pensaba mientras releía con asombro la carta que me habían mandado desde la biblioteca. Me amenazaban con quitarme el carnet definitivamente si no devolvía los libros que tenía prestados hace un par de semanas. Recibir amenazas desde la biblioteca era algo curioso. Me hacía pensar en osos panda en cautividad y en osos polares en un trozo de iceberg cruzando el océano hacia la civilización.

Los libros en cuestión eran “El arte del asesinato” de Chesterton y “El asesinato considerado como una de las bellas artes” de De Quincey. El primero lo estaba terminando y el segundo ni siquiera lo había empezado. Así que decidí perder el carnet de la biblioteca. Y quedarme los libros. Definitivamente.

En mi primer intento por parar con lo de los cadáveres me descubrí pensando por qué había comenzado. ¿Por qué me deshacía de cadáveres?



Era una pregunta incapaz de responder. ¿Por qué matamos a la gente? Un animal mata para comer, para defenderse.

¿Necesitaba defenderme de esa gente? ¿No somos animales?

Una de las conclusiones a las que había llegado es que el asesinato no era algo intelectual. Estaba conectado con nuestra parte más animal, con nuestros antepasados prehistóricos. Había intentado leer sobre asesinatos, sobre mentes criminales y era todo una

bazofia. No tenían ni idea. Nos presentaban a los asesinos como enfermos, como gente sin corazón, como profesionales, nos presentaban como hijos de puta. A menudo muy fáciles de descubrir. Nadie aclaraba por qué mataba alguien que no quiere nada del otro, que no le quiere robar, que no le quiere secuestrar, que no le quiere impedir que se divorcie.

Estaba claro que nadie podía explicar con palabras qué se siente cuando la vida de alguien está en tus manos. Cuando empiezas a apretar una sogá alrededor del cuello de una de tus víctimas y en unos segundos el cuerpo deja de temblar y yace a tu lado inmóvil, muerto. Ya sabéis que me considero un deshacedor de cadáveres, un asesino amateur. Lo único que hay que ser en esta vida es amateur de algo. Encontrar algo con lo que se goza mucho más que con las actividades obligadas de la vida. Y yo lo había encontrado.

V. El plano (IV)



Estuve buscando un plano. No pensaba quedarme sentado mientras la policía me pisaba los talones. Ni lo pensaba ni podría haberme quedado quieto. No podía parar. Hice un plano en el que intenté situar todos los cuerpos de mis cadáveres. Estaba harto de esta mierda.

Cuando miraba en la televisión las noticias, me horrorizaban las imágenes de los niños en la guerra perseguidos por las bombas. En las noticias sobre asesinatos se me erizaba el pelo, sentía escalofríos. A veces me daban pena las víctimas, creía que los asesinos eran unos desalmados, que eso estaba mal. Y de pronto, de un día para otro, el congelador estaba repleto de carne. Humana. No podía parar. Pero no podía evitar que me descubriesen.

Imaginaba el despacho del detective que llevaba mi caso. Descubriendo una pista detrás de otra. Recibiendo las denuncias de desaparecidos de la misma zona. Con un plano como el que estaba haciendo yo, pero a la policía le faltaban algunas víctimas por encontrar. No quería que me descubrieran y luego con las prisas y con los nervios no recordar dónde estaban todos los cuerpos. No quería que se dejaran algún cuerpo por ahí, ni que me cargasen algún cuerpo que no había enterrado. Quería estar preparado para las reconstrucciones.

A María todo le daba igual. La miraba y encontraba dentro de esa decrepitud, dentro de esa delgadez extrema, encontraba rasgos de belleza. Como también encontré indicios de belleza en el cuerpo de aquel anciano que arrastraba su mano inerte por todos los peldaños de la escalera. Pero a ella le daba igual todo. Hacía tiempo que no me acariciaba. Hacía tiempo que no

cerraba la bolsa del pan bimbo después de preparar la merienda de los gemelos. Incluso dejaba el embutido abierto en el frigorífico. Los gemelos se olían algo. Sabían que algo iba a pasar. Cuando se acostaban cada noche, me llamaban para que les contase algún cuento, para que les arropara, para que les calmara. Y cada día me resultaba más difícil porque no podía parar. Tenía que hacer algo. Tenía que hacer algo.

X. Cuneta (V)

Se movía en el cuarto de la plancha como un tigre enjaulado en el zoo. Con un montón de posibles víctimas moviéndose a su alrededor y sin poder hacer nada. No podía estar más tiempo encerrado. Reprimiéndose. No podía parar. Era algo insoportable. Salió de casa con la gracia de una grulla. Elegante y rápido se montó en el coche.

La carretera estaba nevada. En algunos sitios llena de hielo. Y a pesar de eso la gente conducía como bestias. Él intentaba comportarse, respetar a los demás y ¿qué encontraba en el mundo? ¿Cuál era la respuesta que recibía?

Estaba disfrutando conduciendo. El paisaje era increíble. Se deslizaba con suavidad por la carretera hasta que un coche a toda velocidad que había perdido el control chocó contra él y lo sacó a la cuneta.

Los dos coches estaban parados. Nadie más pasaba a esas horas por la carretera. A pesar de su rabia, salió pausadamente del coche y se acercó con pasos de mono al otro coche. El conductor no estaba herido. Le ofreció su mejor sonrisa, le ayudó a salir del coche y entonces con la rapidez de una cobra sacó un martillo y le golpeó con la fuerza de un oso con el martillo en la cráneo. Exactamente treinta y siete golpes en la cabeza, ni uno solo en el cuerpo. La nieve alrededor de la cabeza estaba rosa. Era un color precioso. Salió de allí. Dejó el martillo. Dejó el cadáver. Ya le daba igual. Hacía tiempo que no se preocupaba de las pruebas.

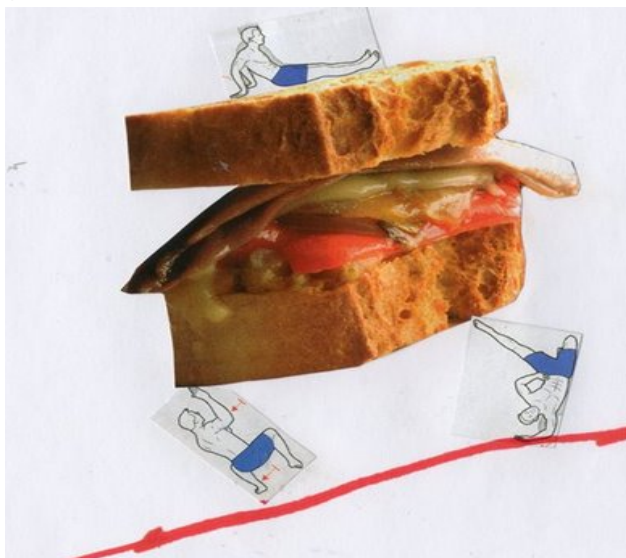
Empujó su coche un momento y logró salir de la cuneta. En el recorrido hacia casa intentó recuperar el ritmo cardíaco. Era casi imposible. Estaba desentrenado. Había sido una escena horrible. La peor que había protagonizado. Era una persona asquerosa, igual que el resto del mundo que le rodeaba. Se merecía la muerte. Pero se encontró con un abrazo de los gemelos al llegar a casa. Estaban muy contentos porque habían estado jugando en la nieve.

— ¿Tú también has estado en la nieve, papá?

— Sí, Justo— dijo mientras se quitaba su jersey ensangrentado y lo metía en una bolsa de basura.

Y. Entrega inmediata (VI)

Lo pensé desde el principio. Desde que era un niño. Un niño enfermizo. Es mentira. Nunca fui un niño enfermizo. Un poco solitario. Dominado por los goces autistas. Y mentiroso. Muy mentiroso con las palabras, pero muy fiel a los actos. Bueno, fiel. Bah!



Déjalo! Hoy no lo vas a encontrar. El ritmo en la vida es difícil. Hay que estar atento para no perder el paso y para no pisar a los demás. Pero hay que llevar ritmo y sostenerse en una estructura. Cosas que yo he pasado por alto en los últimos meses. Y así no se llega a ninguna parte. O sí, se llega a muchos lugares, pero todos son iguales que un callejón sin salida.

Cuando sabes cómo va a acabar algo, sólo deseas que acabe de una vez. Estar esperando

desespera a cualquiera. Aunque no sea un ansioso como yo. Aunque no se haya desecho de cadáveres. Aunque no tenga un congelador zanussi en el garaje con dos cuerpos destrozados.

Ahora que sé que me van a coger, estoy preparándome para pasar mis próximos años en la cárcel. Un entrenamiento para soportar los insultos del pueblo llano, los fotógrafos a la entrada de los juzgados y el aislamiento en mi celda de castigo. Miro a mi familia y me dan pena. Les dejo solos en este mundo. María, la madre de mis hijos, se está matando lentamente. Los niños son unos incapaces. Y yo, esposo y padre, soy un asesino mediocre, descuidado, pusilánime a ratos, que es la peor manera de ser pusilánime. He cometido un último fallo dejando un cadáver en la nieve chorreando sangre. Ha sido una confesión. La decimosexta, por lo menos.

Releo estos textos ridículos que he escrito cada jueves durante algunos meses y están incompletos. Cualquiera puede haber notado que me he saltado la ñ y la w. Los cadáveres de los que no se habla son los únicos importantes. Lo único importante de un diario es lo que no has escrito.

Z. El asesino del zanussi (VII)

Aunque en el telediario te llamen “el asesino del zanussi”, para mí siempre serás Gabriel. No quiero creer que el chico del que me enamoré ha estado destrozando cráneos y enterrando cadáveres. Pero el zanussi estaba lleno. Ésa es la verdad.

Últimamente en casa le notábamos raro y esquivo. Perdía la ropa. Y perdía el tiempo. Hablaba mucho. Y a los gemelos les contaba historias con finales demasiado felices antes de acostarse.



Estos días tenemos que dar buena imagen. El barrio está lleno de cámaras. Cuando una va cada mañana a trabajar es importante elegir bien la ropa y arreglarse, pero cuando una es la mujer del asesino del zanussi, lo único que puedes hacer es intentar dar buena imagen. Por eso busco en el armario entre los trajes de Gabriel alguno que le dé aspecto de

inocente, alguno que confirme lo que dicen los vecinos sorprendidos: “parecía una bellísima persona”. ¿Qué se puede hacer con la ropa de alguien que va a pasarse el resto de su vida en la cárcel?

He estado rebuscando y he encontrado cosas que la policía ha pasado por alto. Esos pequeños papelitos que tú dejabas en cualquier sitio. En el bote de las pastillas de dormir encontré la dirección de tu blog. Encima de la televisión una pequeña libreta con apuntes de geometría y con las contraseñas de tu cuenta de correo y del blog y de la tarjeta de crédito. Cómo voy a echar de menos encontrar de repente un poema tirado en el cesto de la ropa sucia.

Ahora nos toca empezar con los tópicos y los desmentidos. O sea, llevar la cabeza alta y aguantar la vergüenza. Los niños se han enterado de todo. No son tontos. Saben que su padre tiene el corazón negro. Yo misma se lo he contado.

Ni los niños son tontos ni yo me alimento de manzanas. Ni tenemos cuarto de la plancha. Desde que conozco a Gabriel siempre ha estado inventando historias. Lo que no entiendo es por qué ha inventado que teníamos un caniche y que él lo odiaba.

Que yo tenga que acabar esta historia es uno de los síntomas que describe a la perfección la poca tenacidad de mi marido, siempre dejando todo a medio hacer, incapaz de empezar y terminar algo bien, ni siquiera una tortilla de patata. No como yo que soy tan tenaz que voy a amarte siempre.

EL DIARIO

El diario rosa

El otro día, mientras te estabas duchando, leí en tu diario que te habías acostado con J.

Escuchaba en el baño cómo la nueva alcachofa de la ducha, que habíamos instalado la semana pasada, aumentaba la presión, disminuía el consumo de agua y procuraba nuevas y agradables sensaciones. Bueno, oía cómo corría el agua y me metí en el dormitorio. Abrí el cajón de tu mesilla. No sé qué andaba buscando, pero como siempre ando buscando algo sin saber muy bien qué es, no me preocupé. Soy un hombre gobernado por los tópicos. Por los del boom latinoamericano, por la literatura rusa leída a ratos y al azar, por algunos libros de escritores estadounidenses y por algunos detestables nuevos ídolos de las letras. Y por eso siempre ando buscando algo y el mundo está lleno de curiosas coincidencias.



Un aburrimiento.

E igual es precisamente por eso, por el aburrimiento, por lo que estaba enredando en el cajón de tu mesilla. Debajo de tus braguitas encontré el cuaderno rosa o rojo. Una agenda que te habían regalado con alguna revista. Y lo abrí.

Lo estoy escribiendo y no me lo creo. A escondidas, con la misma sensación que tenía cuando le cogía algunas monedas de la cartera de mi madre, empecé a leer lo que estaba escrito. El agua seguía corriendo, desperdiándose a pesar de haber colocado una alcachofa nueva, porque eres una viciosa de la ducha. Y el desierto nunca te ha preocupado.

Leí un par de párrafos en los que no mencionabas nada interesante. Me sentía decepcionado como un pirata al abrir un cofre lleno de plátanos podridos. Hasta que llegué a la frase en que decías que te habías acostado con J. Y lo peor de todo es que no sé ni quién puede ser ese J.

¿Por qué en un diario, que es algo íntimo, privado, algo que sólo escribes para ti, alguien escribe un nombre sólo con una inicial?

Saliste de la ducha y no te dije nada. Dejé todo tal y como lo había encontrado. Y salimos a pasear con el perro.

Las nubes



Parecía que alguno de los dos iba a quedar descoyuntado. Estábamos follando como dos animales. Por supuesto nada parecido a los linceos que este mismo fin de semana se apareaban hasta setenta veces en cuarenta y ocho horas. Nosotros a nuestro ritmo, reconciliándonos sin habernos peleado. follando de pie y contra el sofá, sudando y chupando.

Eso pasa por no hablar.

Cuando hay algo que no se puede expresar con palabras es mejor dejar de intentarlo y pasar a la acción. No sólo una imagen vale más que mil palabras. Y allí estábamos. El perro encerrado en la cocina. Afuera una especie de ciclón, tormenta, granizo, ráfagas de viento y nosotros como si nada. Sonando sin parar "Estratexa" de Manta Ray. Ya antes de empezar a llover, el paseo con el perro había sido una tormenta eléctrica. Yo no tenía ganas de estar allí, quería hacer un montón de preguntas. Quería estrangular a J.

Encontrarlo y cortarle el cuello. Es raro querer matar a alguien que ni siquiera sabes quién es. El paseo no iba bien, así que con las primeras gotas dimos la vuelta hacia casa.

Y en casa, casi sin preámbulos, empezamos esto que estaba terminando ahora. Lo más insoportable era cuando me susurraba "te quiero, te quiero, te quiero..." Le dije que se callara porque si me lo volvía a decir iba a estallarme el cerebro.

Al terminar me asomé al balcón. Y ella me abrazó por detrás. Nos quedamos mirando las nubes sin decir nada, cuando en realidad había mucho que decir. Pero no teníamos ganas.

A la mañana se fue muy pronto a trabajar. Abrí el cajón y busqué el diario pero ya no estaba allí.

Los gorriones

Había empezado a preocuparme de verdad. Me estaba obsesionando sólo con lo del diario. Cada vez que ella estaba en silencio pensaba que estaba pensando en J. Recordando el día, o los días, en que estuvieron follando. O sea que cada vez que ella estaba en silencio, yo pensaba en J. Y no tenía nada que pensar sobre él porque no sabía quién era. A este paso en unas horas iba a acabar como una puta cabra.

Por la mañana mientras desayunaba había escrito en un papel los nombres de todos los que podían ser J. Tenía mis hipótesis. Como es lógico los primero nombres que apunté empezaban por J. Después pensé que podría ser un apodo. Y apunté más nombres. Después pensé que podía ser una inicial falsa para despistar y apunté algunos nombres más. De los últimos nombres de la lista, algunos podrían estar muertos porque no sabíamos nada de ellos hace tiempo.

Bueno, lo de no sabíamos igual es hablar muy rápido. Porque, al parecer, había algunas cosas que ella sabía y yo no. Había cosas que ella creía que yo no sabía. Veo deslizarse hacia mí la camisa de fuerza y los tranquilizantes.

Si yo fuera un personaje de mierda de una teleserie de mierda esto se solucionaría muy

rápido. Un sueño. Había soñado que encontraba un diario en el que estaba escrito que ella se había acostado con J. Y se acabó. Pero la tele es una mierda. Sólo sirve para estar en silencio mordiéndome las uñas.



Cuando iba hacia el trabajo pensé en pasarme por su oficina. En presentarme por sorpresa. Nunca lo había hecho. Pensé en esconderme y seguirla. Espiar todos sus movimientos. Pero quizás otro día, porque hoy tenía que acabar un par de informes muy urgentes.

No acabé los informes en toda la mañana. No podía concentrarme y salí a comer al lado del mar. Se acercaron unos gorriones que devoraban todas las migas que se caían de mi bocadillo.

El secreto



Puedes seguir a Lucía. Ponerle un gps en su coche que te diga los sitios donde está y el tiempo que ha tardado en cada sitio. Puedes comprar un bolígrafo cámara y metérselo en el bolso. Puedes contratar a un detective privado. Oisquearle la ropa cuando llega a casa. Puedes intentar encontrar el diario y

seguir leyéndolo en secreto. Follártela como un bruto para quitarle las ganas de follar con otro. Repasar su cuerpo para comprobar si tiene una marca de la uña de algún amante. Puedes intentar todo lo que quieras. Puedes pensar que si fueras un personaje de mierda en una teleserie de mierda, esta historia podría tener dos finales distintos. Pero lo único que te va a servir para algo es decirle la verdad y acabar de una vez.

Eso es lo que me diríais. Pero eso es porque no tenéis ni puta idea de nada. Un secreto es un problema. Lo mejor es no tener secretos y si los tienes que no se entere nadie. Nunca le digas a un amigo un secreto. Si alguna vez descubres un secreto, hazte un favor y cierra esa boca. El error fue arrastrarme y leer el diario. Y luego no poder encontrarlo y no poder seguir leyéndolo tranquilamente. El error fue que Lucía se acostara con J. y lo escribiera en el diario. Dejar el diario en la mesilla de noche ¿a quién se le ocurre?

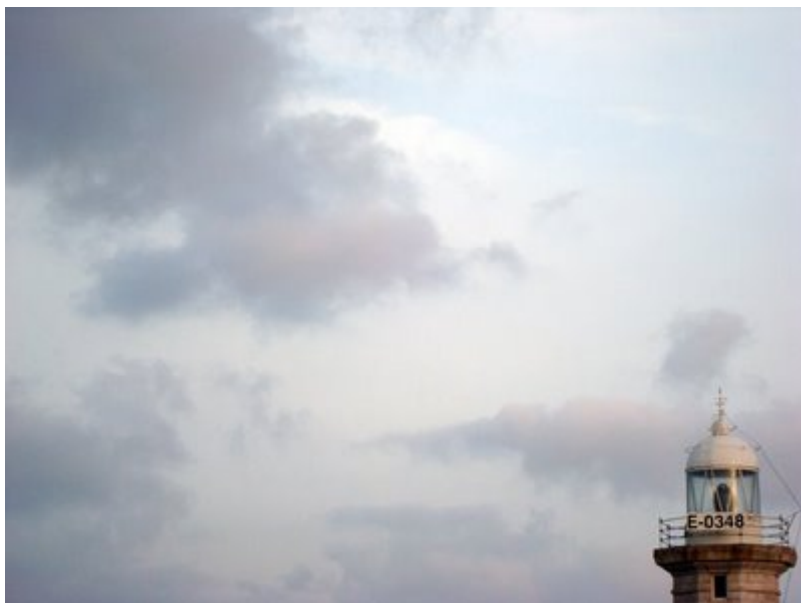
El error es escribir en este diario que he leído en el diario de Lucía que se ha acostado con J. Una de las imperfecciones del ser humano es que no podemos olvidarnos de lo que queremos. Que una imagen que ni siquiera hemos visto nos venga una y otra vez a la mente. Y no podamos hacer nada para parar. Y no hagamos nada para pararlo aunque podamos.

Ahora Lucía está llegando a casa.

El faro

Te he seguido, Lucía. He llamado a mi trabajo y he mentido para poder tener el día libre y seguirte. Te he visto salir del portal, buscar tu coche y

conducir hasta tu trabajo. He visto cómo entrabas en la oficina y te aburrías toda la mañana. Al principio cualquier cosa me parecía sospechosa. Una llamada de teléfono que te pasaban, una hoja que te entregaban, cualquier cosa que pasara me hacía pensar que iba a pasar algo, que ése era el momento en que todo se descubriría y yo te decía: “no te preocupes, sé que te has acostado con J. El otro día mientras te estabas duchando lo leí en tu diario.” Pero no ha pasado nada. Sólo las horas. Has ido a tomar café. A comer



con tu compañera de trabajo de la que nunca recuerdo el nombre. Habéis vuelto al trabajo. Me he aburrido muchísimo. He empezado a desear que hicieras algo imprevisible, que hicieras algo que mereciera la pena. Pero no. He pensado que iba a dejar de quererte, que no iba a soportar espiarte todo el día. Me he puesto paranoico

pensando que alguien me seguía, que quizás mi empresa me había puesto un detective, que tú habías contratado a alguien para que me siguiera. Todos me parecían espías de la KGB. Hacia las cinco has vuelto a salir de la oficina y has ido andando hasta un bar cercano. Habías quedado con dos amigas para tomar algo después del trabajo.

Tenía la impresión de que nuestras vidas eran parte de uno de esos programas de mierda de la tele en los que se cuenta la vida corriente de una persona normal de mierda. Ha sido horriblemente aburrido.

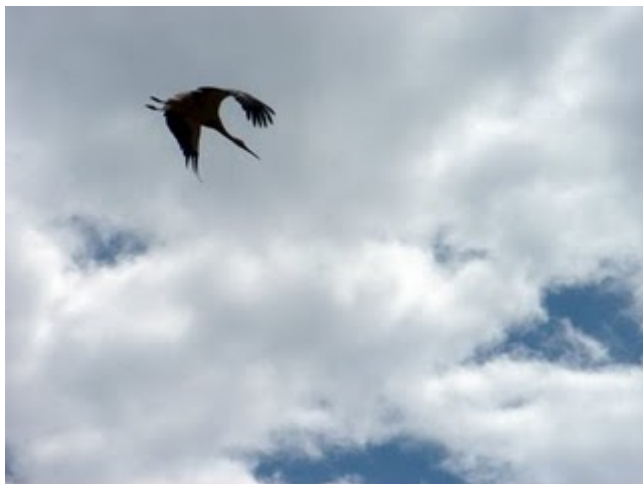
Cuando has vuelto a casa había anochecido y has tenido que aparcar lejos. Al caminar detrás de ti, al pensar en el vacío que domina nuestra vida, en la nada monótona que vivimos todos los días, me he excitado. He sentido el espíritu del cazador, del perseguidor que va tras su presa. Cuando has entrado en el ascensor he subido por las escaleras a todo correr completamente empalmado. Te he pillado cerrando la puerta. Te he empujado contra el pasillo y te he arrancado la camiseta que he estado viendo todo el día, te has levantado la minifalda y me has guiado hasta ti. Hemos follado en el pasillo de pie como cuando nos amábamos.

Una cigüeña

Así que me había quedado solo en la oficina. Me daba pereza largarme del trabajo y empezar a pensar en lo que había sucedido desde que descubrí el

diario rosa. Estaba allí haciendo papeleos, cogiendo una información de un sitio y poniéndola en otro. No entendía cómo podían pagarme por hacer este tipo de trabajo.

Me aburría mucho y me excité. Me conecté a Internet y empecé a naufragar entre páginas porno. El porno en la red se ha vuelto demasiado inmediato, no hay preliminares, casi todos los vídeos empiezan con la polla del actor metida en algún agujero de la actriz. No es fácil excitarse. Hay que buscar mucho para encontrar algo decente. Puedes buscar entre vídeos de negras, latinas, maduras, tetas, corridas, lencería, orgías... Todo muy bien clasificado.



Pero al porno le falta algo parecido a la *nouvelle vague*. Por supuesto que están los vídeos amateurs y los falsos amateurs que habían dado un toque de realismo cutre al porno, pero todavía le hace falta algo más. Otra vuelta de tuerca.

Estaba deambulando entre páginas web con los pantalones desabrochados y la polla en la mano y empecé a pensar que iba a encontrar un vídeo de Lucía follando con J. Me detuve un momento en la imagen. Me

daría rabia y asco encontrar un vídeo así, pero por otro lado me excitaba mucho sólo imaginar la posibilidad de que existiese un vídeo así. Y alguien lo hubiese colgado en la red. Ahora los adolescentes amenazan en los chats con hacer matanzas en sus colegios y los amantes despechados cuelgan vídeos porno de sus ex-.

Todos estos días tenía la sensación de estar perdiendo el control, que era el diario rosa el que dominaba mis movimientos, que me hacía ir y venir, pensar esto o aquello. Como si las páginas de ese diario fuesen mi propio muñeco vudú y Lucía al escribir clavara agujas en una parte de mi cuerpo. Realmente era algo preocupante. Algo que escapaba a mis pensamientos normales. No estoy bien, pensé, no estoy bien y tengo que hacer algo, tengo que hacer algo de una puta vez.

Miré mi triste polla asomando entre el pantalón y sentí pena. Me abroché. Apagué el ordenador y me fui volando a la calle. Hacía algunos años que había decidido dejar para mañana lo que podía hacer hoy.

La excavadora



En una excavadora de mi empresa han pintado un corazón grande, una polla grande, otra polla mal pintada, unos corazones pequeños, algunas letras y una especie de rayas verticales y horizontales que nadie es capaz de descifrar.

A eso se había dedicado alguien por la noche y a esto había estado dedicándome toda la mañana. A evaluar los daños.

A todo el mundo le daba igual qué es lo que habían pintado. A todos menos a mí. Porque no es lo mismo escribir tu nombre que escribir tu nombre dentro de un corazón o cerca de una polla.

Y hay otra cosa en la que estuve pensando. Si había sido la misma persona la que pintó el corazón y la polla.

No había llegado a ninguna conclusión. Nadie había llegado a ninguna conclusión. Había que borrar las pintadas y esto lo hace tal empresa que te cobra tanto y el seguro no se hace cargo, por lo tanto hay que intentar cobrarlo al cliente que te ha encargado este trabajo. Y si no se puede a este cliente, intentar cobrárselo a otro cualquiera. Así que para evaluar los daños daba igual lo que hubiese escrito.

Y sobre todo hay que intentar que no vuelva a pasar. Poner vigilantes o meter las excavadoras en un garaje o cubrirlas con una lona.

Era difícil. Una vez que hay daños me siento absurdo intentando evaluarlos y solucionarlos. Intentando que eso no volviese a suceder. Intentando que no volviesen a acostarse, intentando no volver a leer el diario. Tan sólo encontrarlo y leerlo entero de una vez. Sólo una vez más. La última y lo dejo. Os lo juro.

Mecanografía



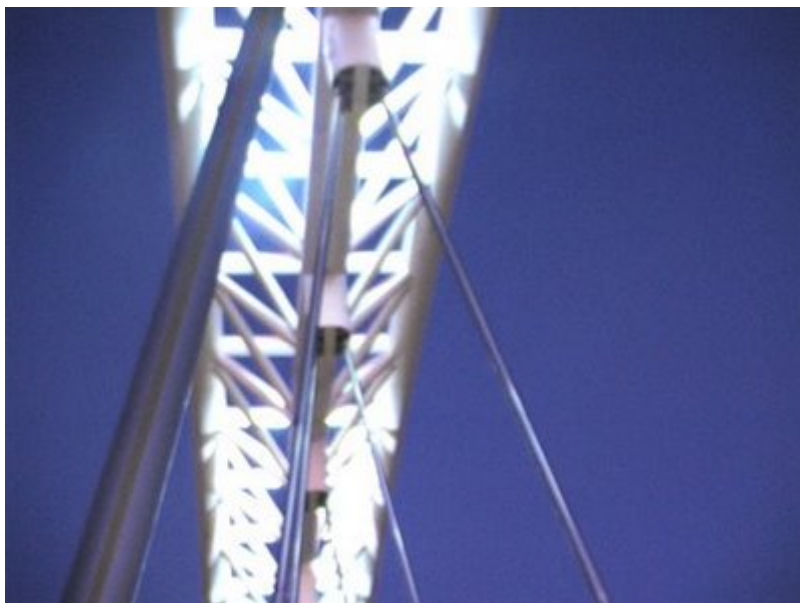
El negocio ha estado y está en fomentar la memoria. Al parecer los problemas aparecen cuando empiezas a olvidar cosas. Tener alzheimer es un problema. Pero si hay algo insoportable de verdad es recordar a todas horas algo que quieres olvidar. Ray Loriga imaginó un futuro en el que la gente pagará por unas pastillas para olvidar recuerdos. Olvidar que he leído en el diario que Lucía se había acostado con J. Olvidar a J. Que Lucía se olvide de J.

El mismo Loriga escribe en "Tokio ya no nos quiere": "la memoria es el perro más estúpido, le lanzas un palo y te trae cualquier cosa." Y eso es lo que me pasa cuando vuelvo al cajón a buscar el diario y me encuentro con unas braguitas, la chaqueta del chándal o un vibrador. Pero ahora creo que ya sé que voy buscando. Cada uno de nosotros estamos buscando en la vida una infelicidad humilde para poder sentirnos lo suficientemente insatisfechos. Una pequeña desgracia para sentirnos vivos pero que no nos duela demasiado. Algo para poder sentirnos como los demás. Pero el mundo está lleno de grandes desgracias repartidas. A los ricos también les pican las ortigas. Para ser como los demás, sólo hay que tener paciencia.

Y mientras tanto hay que intentar estarse quietos. Porque a todos nos enseñen a escribir, no hace falta que escribamos todo lo que nos pasa en la vida o se nos pasa por la cabeza. Es como si cuando aprendiésemos a silbar, nos pasásemos el resto de nuestra vida silbando. También es verdad que a veces se escribe para poder olvidar. Pero la vida no es como la mecanografía, no tiene ni método ni sentido. Lo que está claro es que sólo hay que escribir cuando hace falta. Y hoy ya no hace falta escribir más.

El puente

Aquel día por la mañana temprano Lucía me dijo que se iba con sus amigas de compras. No quise saber más, así que no pregunté nada. Pero supuse que era otra mentira. Salí al jardín y empecé a preparar la barbacoa. Estábamos en primavera y era la primera barbacoa de aquel año. Pensé que a Lucía le haría ilusión.



Empecé a quemar las ramas de castaño que habíamos recogido por el monte. A Lucía antes le encantaba que saliéramos a pasear juntos, buscar leña, hacer el amor en cualquier borda o refugio de montaña. Pero ahora ya no. Estaba de compras.

Cuando había un buen fuego me dio un ataque de rabia, entré en el dormitorio y a la primera encontré el diario rosa. ¿Había tenido una intuición? Lo dudo, seguro que todo era premeditado inconscientemente. Abrí el diario y leí la primera página. Algo que no recuerdo, hablaba sobre trivialidades. La tiré al fuego. Me sentí bien. Era algo parecido a la plenitud. Las piernas me temblaban. Arranqué algunas páginas más del diario y sin leerlas las arrojé al fuego. Sonreí tranquilamente desde mi corazón. Eché unas cuantas más. Y miré. El humo y la emoción provocaron que unas lágrimas corrieran por mis mejillas. Eché lo que quedaba del diario rosa al fuego y vi cómo era engullido por las llamas. El rosa desapareció poco a poco al principio y después muy rápidamente.

Volví al dormitorio y en mi bolsa grande de deporte metí algo de ropa, algunos libros y discos, mi pluma, el móvil y un par de cuadernos. También cogí el portátil y los dos discos duros.

Antes de salir por la puerta, volví al cajón de la mesilla y encontré el vibrador rosa. La barbacoa lo engulló con un gran alarde de colores y ruiditos. Miré el fuego un buen rato en el jardín. Salí por la puerta con la única idea de no volver nunca a esa casa.

Lucía me dejó un único mensaje en el contestador: “Gabriel eres un cabrón y un gilipollas, las cosas no se hacen así.”

Así comencé el largo puente de barbacoas, desapariciones y coreografías de enterrador que me han traído hasta esta cárcel. Aunque creo que empecé antes, pero eso no me entra en este diario quemado.

AUSTÍN, TEXAS

Primer deseo



Hoy es mi cumpleaños. Treinta y seis años. Ha venido a verme María. Es la primera visita. Y es que las fechas señaladas ablandan a cualquiera. Sé que en navidades también estará aquí y los gemelos me escribirán alguna postal ridícula llena de mentiras. Las mentiras siempre han sido y serán parte de mi familia. Pero todavía es primavera y falta mucho para las navidades. Escribir un diario en la cárcel supone dejar la puerta

abierta al masoquismo. Si quieres que tu condena sea una tortura ponte a contar los días que te quedan para salir. Como los adolescentes que cuentan los domingos de invierno que faltan para que lleguen las vacaciones.

Cuando he visto a María ha sido la primera vez que he sentido algo parecido al deseo aquí dentro. Me sentía encogido. Me tenían aislado. Pero no podía ni masturbarme tranquilo porque me sentía vigilado. ¿Paranoia, señor psiquiatra? Cuando quitéis las cámaras se me cura a mí la paranoia. Escribí sobre Lucía. Me sentí obligado porque una tarde en un programa de la televisión estaba mi ex novia contando todas las mentiras e intimidades que pudo sobre mí. Me pareció muy romántico que todavía se acordara de aquellas cosas. A María, por lo que se ve, no le ha parecido tan bonito que mi ex salga en la tele. Nunca le había hablado de ella. Tampoco puedo asegurar que todo lo que haya escrito en este diario sea cierto, igual he exagerado. ¿Algo que se escribe sólo los jueves puede ser llamado un diario? Cada jueves me siento como si estuviese escondiendo un muerto. Como si entre las frases que escribo estuviese deshaciéndome de un cadáver. Eso mismo le he dicho al señor psiquiatra de la cárcel.

— Usted escriba, escriba...

Odio los puntos suspensivos. María ha intentado regalarme una pluma pero no le han dejado dármele porque podría utilizarla como un arma para autolesionarme o para atacar a otro recluso. Me la tenía que haber dado en el medio de un bocadillo. Con la pluma es con lo que limo mis barrotos. Una de

las humillaciones que tengo que soportar en la cárcel es tener que escribir con un bolígrafo bic. También me ha traído un montón de libros.

- Son demasiados, ya tengo muchos para leer.
- No hay prisa.
- Sí, sí hay prisa, porque viene la muerte y se te acaban los libros.
- ¿Por qué lo hiciste?
- ¿El qué?
- Todo.

Ahí es cuando he dado por terminada mi primera visita. Espero que vuelva alguien a visitarme pronto.

2. Imitadoras



Me sentía tan confuso después de dejar ardiendo la barbacoa en casa de Lucía, que cuando unos días después mi jefe me propuso trasladarme a la delegación de Austin, Texas, le dije que sí sin pensarlo ni dos minutos.

A la semana estaba volando hacia allí. Aterricé en Dallas y fueron a buscarme al aeropuerto y me llevaron al hotel. No sé si es lo normal pero me alojé allí

durante tres o cuatro días antes de ir a Austin. Después pensé que era algo parecido a una prueba, que si no la hubiese superado me habrían devuelto a mi casa.

En el hotel, esa semana había un concurso de imitadoras de Marilyn Monroe. Total que éramos tres hombres solitarios alojados en un hotel lleno de copias de Marilyn. Así que las reuniones duraron muy poco y fueron más insustanciales que las que tenía en la oficina con mi jefe. Es lo bueno de esta empresa que sigue funcionando a pesar de estar formada casi exclusivamente por perturbados.

Cuando me ofrecieron lo de Austin sentí lo mismo que cuando el juez me metió en la cárcel. Una resignación rabiosa, como si no hubiese otra opción. Una penitencia por algún pecado que había cometido. Ahora que estoy encerrado sé que me puedo poner a exagerar y a consolarme, pero cada vez estoy más convencido de que siempre he vivido en una cárcel y que tú también estás viviendo en una cárcel. Está claro que hay situaciones en las que tienes más opciones para elegir, pero el mundo es una cárcel muy grande. En lugar

de andar por los pasillos haces un cruce por el Nilo, que a veces viene a ser lo mismo.

Eso sí, el recibimiento en Dallas fue muy distinto del de la cárcel. Allí había dos tipos elegantes con un cochazo y un montón de rubias. Al mediodía en la piscina del hotel cuando estaban tumbadas en una hilera de tumbonas y sillas creía que me iba a volver loco. Aquello era el paraíso. Había algunas que eran realmente idénticas a Marilyn. Se movían igual. Me las imaginé practicando durante horas en el pasillo de sus apartamentos. Entablé unas cuantas conversaciones con las chicas, pero ninguna acabó en mi cama. Fue algo triste. Según lo que he leído sobre la verdadera Marilyn me hubiese resultado más fácil acostarme con ella que con alguna de las 20 imitadoras.

El siguiente mes había en el mismo hotel un concurso de imitadoras de Jacqueline Kennedy. Pensé que podría acercarme, pero esa semana en Austin, Texas, viví mi primer tornado exterior. Como si no fuese culpa del viento, sino las cosas que siempre quieren volver a su sitio.

3. El tornado



Me dejaron solo en mis 35 metros cuadrados. Habían pagado el alquiler para el siguiente mes, pero si me gustaba podía quedarme durante todo un año. No, no me gustaba y en seguida pensé que Austin sería un buen lugar para tener una casa en las afueras. Ese es uno de los problemas de la cárcel, que las afueras son inaccesibles, que tienes prohibido salir. Y por mucho que lo intentes siempre estás en el centro. Te esconden

del mundo normal, pero en una cárcel, una vez que estás dentro, es difícil esconderse.

El primer día de encierro de mi vida de adulto lo pasé en Austin, Texas. Fue durante el tornado, cuando habían pasado seis o siete días desde mi llegada. Apenas estaba instalado, un día regresando del trabajo vi a todo el mundo clavando maderas en sus ventanas, con grandes cajas de comida y metiendo los coches en los garajes. Como no hablaba con nadie compré un periódico para enterarme de lo que pasaba. Por eso me habían dado un par de días libres en el trabajo, se acercaba un tornado. Ya no recuerdo el nombre que le pusieron.

Para mí ese tornado siempre se llamará Magdalena. Compré una botella de Jack Daniels y unas revistas y me refugié en mi apartamento, dispuesto a no salir de allí en cuarenta y ocho horas. A las 3 horas salí al pasillo a respirar aire puro, pero el ambiente era enfermizo. Así que volví pronto a mi habitación. Durante el resto del día estuve entrando y saliendo del pasillo a casa y de casa al pasillo hasta que me encontré con una chica morena, preciosa. Me saludó en inglés con acento andaluz. Empezamos a hablar en español.

- No quiero pasar este tornado sola en mi apartamento.
- Si quieres puedo hacerte compañía un rato.

Lo más normal hubiese sido que en mi cabeza aquello se convirtiese en el principio de una película porno. “El tornado: Sexo y viento en Austín, Texas”. Pero no. Fue una de las mejores noches de mi vida. Hasta que duró la batería de los portátiles estuvimos viendo algunas películas “El sur”, “Manhattan”, “El hombre tranquilo” y la mitad de “La balada de Cable Hogue”. No dió tiempo a más. Como recomendaban no enchufar nada, dejamos la otra mitad para cuando acabase el tornado. Alumbrados por velas bebíamos Jack Daniels. Nunca he estado en una situación tan romántica.

Magdalena me dijo que era de Sevilla y que ahora mismo allí estarían todos en la Feria de abril bebiendo rebujito. Cuando el viento sopló muy muy fuerte se acercó a mí, se pegó a mi cuerpo y al rato los dos dormíamos como bebés que todavía no han nacido. Ésa fue la primera y única vez en mi vida que tuve esperanza en que las cosas volverían a su sitio.

4. Las cartas



Magdalena desapareció al día siguiente igual que ha desaparecido la gente que yo conocía desde que me metieron en la cárcel. Después de que todo volviera a la normalidad, me pasé una tarde por el apartamento de Magdalena para devolverle unos cds de música que me había dejado. Me abrió otra mujer. Magdalena no estaba, se había ido. No, no volvería. Ahora ella había alquilado ese apartamento. Miré el número de la puerta para comprobar que me había equivocado. Pero no. No me equivocaba, Magdalena había desaparecido. La gente desaparece a mi alrededor.

Ahora la gente también ha desaparecido para mí. Casi no veo a nadie. Estuve en aislamiento durante un tiempo para evitar que los reclusos me matasen. Ahora de vez en cuando me llevo algún empujón o un par de tortazos. Nada que no se pueda soportar. Me resulta mucho más insoportable no poder cocinar, tener que comer la mierda de comida que nos sirven. No poder ir a un mercado y comprar lo que me dé la gana y cocinarlo como quiera. La vida, lo bueno de la vida son los caprichos. Por eso ha merecido la pena todo. El psiquiatra finge, pero sé que él también sucumbe a algún capricho.

Ahora me escriben cartas. Las jovencitas me escriben cartas ardientes, llenas de faltas de ortografía y abreviaturas incomprensibles. Con dibujos y

fotos en el interior. Fotos sugerentes, eróticas, en ropa interior, posando en lencería a cuatro patas. No sé qué sentir. Me dicen que me harían el amor de tal o cual manera. Sé que es algo sucio, que es mentira, pero estoy solo en mi celda y me masturbo mirando las fotos y leyendo esas cartas y me siento sucio y me da asco todo esto que me rodea, todo lo que me ha rodeado durante toda mi vida y quiero desaparecer de una vez.

5. Mirando por la ventana



Mi vida en Austin, Texas, fue como estar mirando por la ventana. Por supuesto que cambié mi apartamento por una casa en las afueras. Me compré una ford pick-up y un revólver. En esa casa viví el resto de mi estancia en EE.UU. Casi tres años. Ni uno solo de aquellos días pude dejar de pensar en la barbacoa ardiendo en el jardín de la casa de Lucía.

En general, no fui feliz. No sabía nada de Austin cuando llegué y

se puede decir que cuando me fui sabía muy poco.

Allí tuve algunas novias. Cada una fue como una droga distinta. A la que era como el alcohol era muy fácil serle infiel. Había una que era como heroína, la buscaba como un caballo desbocado y cuando la encontraba me llenaba tan sólo durante un ratito, para tener que empezar a buscar la siguiente dosis enseguida. Salí con una japonesa que fue mi opio privado.

En ese sentido fui afortunado porque las personas no me crean adicción y doy saltos entre ellas. Tuve algo parecido a un amigo. Un danés llamado Larsen. Le conocí en la cafetería del edificio de oficinas donde trabajábamos. Era geofísico. Un tipo interesante. Quedábamos para beber Jack Daniels en el porche de mi casa y leer. Y fumar y algunas veces invitábamos a algunas chicas y hacíamos una barbacoa. Una vida sencilla. Y, en contra de lo que dicen algunos medios de comunicación, no fui involucrado en ningún homicidio. No se puede ir al país que ha inventado y democratizado el concepto de psicópata y hacer el ridículo. Hay que ser humilde, tener paciencia y aprender. Hay que sentarse en los parques y observar a la gente. Lo estúpida que es la mayoría de la gente. Ahora, evidentemente echo de menos pasear por los parques y observar a la gente. Echo de menos a mis gemelos, a María y mis mentiras.

En la cárcel se miente mucho pero sin ninguna gracia porque a la gente no le importa nada la verdad. La cárcel no sirve para nada porque hay muy pocas tentaciones. Si quieres que un perro no salga por la puerta, la solución

no es tener la puerta cerrada o encerrarle en otra habitación cada vez que la puerta está abierta. La única manera es tenerlo delante de la puerta abierta y no dejarle salir hasta que lo entienda. Que la tentación esté siempre presente. Es fácil no terminar una bolsa de gusanitos si no puedes alcanzarla o está bajo llave. Lo difícil es dejarla por la mitad una vez que está empezada. Y aquí no estoy aprendiendo nada de esto. Vivo como atolondrado, mirando por la ventana. Como en Austin, Texas. No tengo ni siquiera ganas de matar a nadie porque el cadáver se me pudriría en las manos. En la cárcel no he encontrado ningún sitio donde me pueda deshacer en condiciones de un cadáver.

6. La playa



Me han sacado de paseo. Hoy ha habido un interrogatorio. Aunque casi no he pisado la calle y apenas he estado en contacto con el aire libre, ha sido como un viaje corto e improvisado de los de antes. Porque en estos tiempos la mayor parte de la gente viaja sin bajarse del coche. En Austin, Texas íbamos a todos los sitios en coche. Con mi amigo Larsen y dos chicas nos fuimos al parque de las cataratas de

Pedernales.

Aparcamos en la misma puerta del bungalow. Allí conocimos a un grupo de españoles que también vivían en Austin, Texas. Por supuesto el paseo de hoy no ha sido como esos viajes, ni siquiera como ir a la playa en pleno agosto. Ha sido más bien como ir a la playa en pleno enero, bajo una lluvia intensa y viento fuerte y no poder salir del coche.

En las puertas del juzgado no había ni la mitad de personas y periodistas que hace unos meses. La noticia no eres tú, sino el crimen. Sólo buscan alguien que les dé algo sobre lo que han decidido escribir. Tú quieres escribir sobre tenis y te pones a buscar una historia de algún tenista. Si quieres escribir sobre crímenes necesitas criminales en activo. Los de la cárcel no servimos para nada. Sólo para que sigan sospechando de nosotros e intenten colgarnos todos los muertos que encuentran para los que no tienen un culpable mejor.

Sobre eso ha ido el interrogatorio. Que si usted conocía a Guadalupe, que si que estaba haciendo la noche del 2 de abril, etc. Que no, que no he matado a ninguna mujer, nunca. ¿Cómo quiere que recuerde qué estaba haciendo el 2 de abril si han pasado ya más de seis meses? Que sí, que admito que me he dedicado a deshacerme de cadáveres durante un tiempo,

pero no he sido tan prolífico. Además ya he confesado todos mis muertos. El juez no quería creerme. Para él es una molestia tener que andar preguntando por un muerto desenterrado. Un muerto por el que casi nadie pregunta. Un cadáver que no ha sido reclamado. Eso sí que es triste. Y el juez metiendo su nariz, oliéndome mis manos, mirando mi chándal. Sí, ahora sólo visto chándal, me resulta muy cómodo para estar en la cárcel.

7. La cripta



En ese viaje al parque de las cataratas de Pedernales conocí a Manuel y Mario. Son gemelos y en ese momento vivían y trabajaban como ingenieros de caminos en Dallas. La primera noche nos emborrachamos juntos. No recuerdo cómo llegamos a los bungalows.

La segunda noche Larsen tuvo una pelea. No sé si fue porque alguien fue poco elegante con su pareja o porque él intentó ligar con la pareja de alguien. Da igual, cada cierto tiempo a Larsen le gustaba amortizar los años que había estado aprendiendo y practicando Muay thai. Incluso había hecho peleas casi profesionales cuando estuvo trabajando en Tailandia. Una vez que empezaba a sacudir no había manera de pararlo. A

Larsen además no le gustaba emborracharse dos días seguidos porque el hígado se le encendía y se ponía de mal humor. Así que en vez de beber se puso a pegar y mandó a un par de tipos al hospital y consiguió tener un aparatoso vendaje en la muñeca derecha durante tres semanas.

Aquí dentro no me vendría nada mal haber recibido un par de lecciones de muay thai. Mario y Manuel me invitaron a su bungalow a seguir bebiendo. Pusieron algo en el portátil. Eran fotos y algún vídeo de su viaje por EE.UU. Vi a una chica y enseguida la deseé. Quería conocerla inmediatamente. ¿Pregunté quién era?

— Es María, nuestra hermana pequeña.

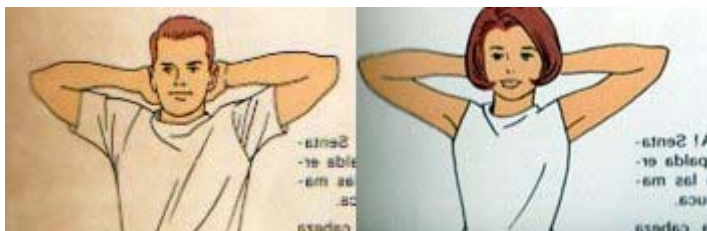
Lo del deseo es algo que me tiene muy intrigado. Dicen mis compañeros de patio que se te va pasando. Que se atrofia, cambia y se vuelve algo animal y perverso al mismo tiempo. No entiendo a qué se refieren ni quiero entenderlo, pero por la cara que puso el juez el otro día más me vale irme preparando y encargar a alguien que me compre un par de chándals. En la naturaleza las cosas están muy claras. Los animales venenosos son de vistosos colores, no necesitan esconderse. Se exhiben y te dicen “cómeme si te atreves y verás lo que te pasa. Te voy a matar”.

— Y ¿dónde está ahora María?

— Se ha vuelto a Bruselas, tenía que empezar a trabajar.

EL AGRADABLE RETOUR

A. Discusiones chinas



Cuando llego a Bruselas, al barrio donde vive María, lo primero que me encuentro es una discusión ruidosa entre chinos dentro de un restaurante. Es un mediodía de verano sin sol. De hecho, las semanas que duró mi estancia en Bruselas se pueden definir así, estar encogido-acongojado escuchando discusiones en idiomas desconocidos para mí.

En las calles de Bruselas hay apenas 10 locos pero están muy activos. Se les puede ver perseguir a gente con cuchillos enormes de cocina por distintas zonas de la ciudad en un mismo día. Lo raro y peligroso de esta vieja Europa, de esta pseudocivilización es que las perversidades y los trapos sucios se lavan en casa. Por eso hay cada vez más agresiones domésticas entre miembros de una misma familia o entre vecinos.

Mario y Manuel me habían puesto en contacto con María para que me enseñara algunos rincones de la ciudad. La primera noche cenamos los dos solos en la terraza de aquel restaurante italiano en Bélgica. Ella ya estaba muy flaca, me enamoré en los primeros segundos. Bueno, ya venía enamorado desde que la vi en la pantallita del ordenador. Durante la cena, María me dice que está enamorada de Antoine, su novio, un francés. Discutir es una pérdida de tiempo. Antoine no sólo es francés, es alto, elegante, rico y tiene el pelo largo. Un puto príncipe azul. No tengo nada que hacer. No puedo competir. Pero hay una cuestión en la que le saco ventaja, yo sé apreciar algo bueno en la vida. Yo, que he llevado una vida aburrida, mediocre, una rutina detrás de otra, sé apreciar a la gente. Y en Bruselas María era un objeto abandonado, desaprovechado, algo que Antuán es incapaz de apreciar. Se le estaba pudriendo entre los brazos y el tipo ni se enteraba. Y ella tan enamorada.

Cuando me fui a mi habitación en el hotel hice una lista mentalmente de todas las chicas con las que había tenido alguna relación de más de unos días. Me pareció un número suficiente, no eran cifras de artistas de Hollywood pero para mí eran suficientes. Así que por fin estaba preparado para casarme. Pero no iba a ser fácil. Tenía muy claro que María sólo se fijaría en mí si Antuán desaparecía del mapa.

E. Ser uno mismo



Por la mañana, después de desayunar como un elefante, salía a pasear por Bruselas. Iba al museo y me quedaba sentado mirando “La muerte de Marat”. Aquel cuadro que no conocía hasta que estuve delante de él lo significaba todo para mí en esos momentos. No sé por qué, pero me sentía atrapado, obligado a ir a mirarlo todas las mañanas.

Después, completamente alucinado, salía a pasear otra vez

hasta que llegaba a la *Grand Place*. Estaba harto de esa plaza pero cualquier camino que cogiera pasaba por allí. En todas las ciudades hay alguna plaza a la que sales inevitablemente.

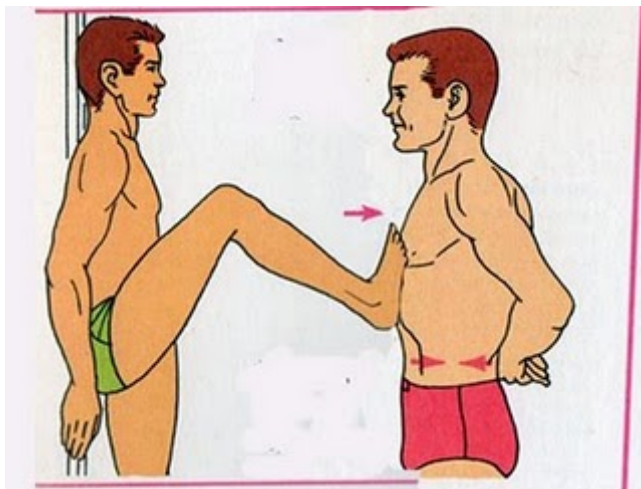
En los primeros días, ya estaba cansado y aburrido de Bruselas. Me sentaba en un banco de la *Grand Place* y las horas se iban mirando las fachadas y a la gente que pasaba. Sobre todo a las mujeres que pasaban. Las comparaba con María, intentaba encontrar alguna que me pareciera lo suficientemente atractiva para olvidarme de María, pero no lo logré. Y me pasaba toda la mañana imaginando mi vida con ella. Pensaba en el futuro.

Es verdad que un día seguí a Antoine. Pero era insoportable. Durante los primeros cinco minutos me aburrí y hasta me dió pena. Después pasó a darme un poco de asco. A la media hora tenía ganas de matarle. No entendía qué podía haber visto María en él. Fue durante aquellas mañanas cuando empecé a tener prisa por hacer las cosas, como si un tigre hambriento estuviera siguiendo mis pasos. Ahora el tigre me tiene atrapado, está dentro de mí. También en esos días que pasé en Bruselas decidí ser yo mismo, dejar fluir libremente mi propia personalidad y tomar mis decisiones sin tener en cuenta las presiones de los demás. Y desde que tomé esa decisión mi vida ha sido un vía crucis. Es verdad que al principio me fue bien, conseguí ciertas cosas que quería, me sentía alegre cuando me despertaba al amanecer y sentía mi corazón latir fuerte y tranquilo. Pero a los meses, a los años, esta decisión de ser yo mismo ha convertido mi camino en algo tortuoso, un reguero de cadáveres mal enterrados que me ha conducido a esta mierda de celda.

I. Desaparición de Antoine

Yo, que siempre he sentido más curiosidad por conocer lugares que por conocer personas, no he tenido otro remedio aquí, en la cárcel, que fingir que me interesaba por la gente.

Aquí, en la cárcel, a diferencia de lo que pasa fuera, casi nadie habla solo, porque en un par de meses en la celda ya no tienes nada nuevo que



contarte. Y piensas mucho en el pasado y en cómo empezó todo a torcerse para que acabaras tumbado entre barrotes. La mayoría de las veces no encontramos una explicación o un momento exacto. Pero en mi caso pienso que todo empezó el día en que conocí a Antuán. Me pareció un tipo ridículo. Esto creo que ya lo he dicho. Fue la primera opinión. Después de una cena regada con abundante alcohol y todo tipo de drogas le cogí cariño y empecé a llamarle

Antonio. Me parecía más adecuado para él y para mí. Aunque no podía dejar de odiarle inmediatamente y en ocasiones deseaba verle muerto y entonces le llamaba Antuán para poder odiarle con más motivo.

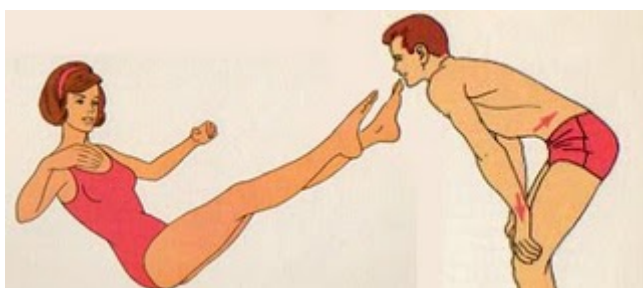
Durante aquella borrachera, Antonio desapareció. Se lo llevó el viento. Nunca más se supo de él. No sé si se fue o si se me extravió. No recuerdo el final de aquella noche que a mí se me alargó hasta la tarde del día siguiente. Me desperté en el sofá de una casa ocupada en las afueras de Bruselas. En el sofá de al lado dos polacos continuaban drogándose a esas horas y con el sol entrando por las ventanas. Nadie supo decirme qué había pasado con Antonio. Los polacos no lo conocían. Yo no podía recordar nada de la noche anterior. Para regresar al hotel robé una bici, porque estar en el Benelux y no robar una bici es como ir de viaje a New York y no ver la Estatua de la libertad. Es algo incómodo y que provoca pereza pero algo que tienes que hacer, algo que acabas haciendo.

María se reunió en mi hotel conmigo y fuimos a poner la denuncia de la desaparición de Antoine. Se lo había tragado la tierra. Los policías fueron muy educados y respetaron nuestro dolor y preocupación. Las preguntas eran muy superficiales y en ningún momento fuimos tratados como sospechosos. Al parecer, Antonio había acompañado a María a su casa con la intención de regresar al bar donde yo me había quedado. Pero yo dije que este reencuentro nunca se produjo. Después de esa noche, sentí que tenía el corazón lleno de arena negra y agrietado, como si se me hubiese quemado.

O. El duelo en París

Con todo el lío de la desaparición de Antonio vinieron los gemelos a consolar a María. Pero, a pesar de la buena voluntad de Mario y Manuel, María siguió desconsolada. En aquel tiempo era una chica delgada, pero creo que fue a partir de aquellos días cuando empezó a aficionarse a la dieta de las manzanas.

Todo tiene un principio y aquellos días fueron el comienzo de nuestra historia de amor. En esas semanas empezó mi vida de verdad. A Antuán con el tiempo le dieron por muerto. Me imagino que en la Interpol sigue siendo un expediente abierto. Igual que en el corazón de María. En el mío no sé si está abierto o cerrado. Va por temporadas. Lo mío no tiene remedio. A veces sueño con él. Tengo unas pesadillas horribles. Como si yo le persiguiera o él me persiguiera a mí por lugares desconocidos.



Como si yo le persiguiera o él me persiguiera a mí por lugares desconocidos. Cuando me despierto después de esas pesadillas me siento fatal, como si yo lo hubiese matado, como si ahí hubiese empezado mi carrera de enterrador. Y lo cierto es que no lo sé. Teniendo en cuenta todo lo que he escrito

hasta ahora, todo el mundo piensa que fui yo quien lo mató. Pero me da igual.

Para que María se tranquilizase fuimos unos días a París. Sus hermanos, como no podían parar de beber, nos dejaban solos continuamente para emborracharse en los peores tugurios parisinos. Y María necesitaba mi cariño y mis abrazos y los tuvo. Era una chica flaca y triste vestida siempre de negro.

Nunca nos hemos amado como durante aquellos días. Sin decir nada, habíamos decidido el resto de nuestras vidas. Viviríamos juntos, tendríamos hijos y veríamos anochecer sentados en el balcón de nuestra casa mientras cenábamos y brindábamos. Todo por inercia, porque no podíamos estar quietos. Cada uno eligió su manera para demostrar que no era feliz en este mundo. María lo de las manzanas y yo lo de los fiambres. Volví a mi antigua oficina y María encontró un trabajo. No nos aburríamos pero nos faltaba algo.

En la cárcel vemos muchos documentales. En uno de ellos, un científico dice que cuando estamos sin hacer ninguna operación complicada el cerebro trabaja casi lo mismo que si tenemos que resolver un difícil problema. Dice que hay una parte del cerebro que es donde están los recuerdos, el pasado, y otra que está pensando en el futuro y que aunque tú creas que no estás pensando en nada las tienes conectadas y el cerebro está trabajando.

Pero aquí, en la cárcel, eso no me pasa. A los pocos meses ya me olvidé del futuro porque es pensar en pasarme así veinte años y empezar a buscar los suficientes metros de cuerda para ahorcarme o para intentar fugarme. Y yo no me quiero fugar. Entonces mi cerebro no descansaría. Toda

una vida dándole la espalda al mundo, una vida de fugitivo no merece la pena. En la cárcel no es como si estuvieses muerto es como si te hubieses estancado. No eres una persona en chándal, te conviertes en los restos de un barco varado en los corales más feos y sucios de la tierra.

U. De piernas cruzadas



En la cárcel me ha dado por cruzar las piernas continuamente. Para eso me resulta muy útil el chándal. Incluso cuando voy a dormir cruzo las piernas. Es algo que no sé si hacía antes o he empezado a hacerlo después de entrar en la cárcel. Es como si tuviera en tensión los músculos. Como si no pudiese relajarme.

Y, aunque parezca mentira, al mismo tiempo, aquí, en la cárcel, puedo pasarme horas y horas sentado en la misma posición sin hacer nada. Y no es como antes que me sostenía en mi propia angustia hasta que me desataba. No. Ahora la imposibilidad de refugiarme en el cuarto de la plancha o de salir afuera como un oso que va a pescar truchas, la imposibilidad de errar por el planeta, me ha llevado a desarrollar la habilidad de estar quieto y tranquilo. Y así es como voy a estar hasta que me saquen de aquí.

Nadar en el mar abierto es reconfortante si te sientes bien, fuerte y no tienes miedos. Si estás regular mejor métete en una piscina. Si estás mal, mejor que en la piscina hagas pie. Y si estás fatal, lo único que puede calmarte es una bañera donde no puedas moverte y no te quede otra cosa que hacer que mirar ensimismado tu cuerpo y jugar con las pompas de jabón. Que si lo piensas, es como jugar con algo que está vacío, que dentro sólo tiene aire. Como yo. Y como esta cárcel.

Estoy aburrido de mí mismo. El mundo está también aburrido de mi historia. Y no me extraña. En realidad ya no le intereso a nadie. El psiquiatra me atiende porque no le queda otro remedio. María viene a verme con una especie de mueca de asco y no sé lo que le durará la autodisciplina que se ha impuesto de seguirme queriendo. No tiene sentido abrir una y otra vez mis heridas. Me serviría para algo si fuese capaz de lamerme. Pero desafortunadamente no es mi caso, no tengo elasticidad suficiente.

No tiene sentido agrandar la grieta entre el mundo y el asesino del zanussi. Y sobre todo no tiene sentido porque de las únicas muertes que me importan, las que de verdad han marcado mi vida y no he provocado yo, no he dicho ni voy a decir ni una palabra. Son los capítulos que faltan y faltarán. No necesito estar entretenido. Y esto no es una serie de televisión de mierda que

acaba con el rótulo de “continuará”. Aquí no hay más osos polares. Así que no voy a escribir nunca más.

He escrito esto frente a mi ventana. Mirando entre los barrotes. He escrito sobre algunas cosas sin importancia, pero siempre he pensado en ti.